

NOTAS SOBRE UNOS CHAMIES ACULTURADOS

Por J. W. L. ROBINSON y A. R. BRIDGMAN

El pueblo de origen de los Chamíes es San Antonio de Chamí, ubicado cerca de Mistrató en el lindero entre los Departamentos de Caldas y del Chocó. Lingüísticamente pertenecen al grupo Chocó y hablan uno de los siete dialectos clasificados por Rivet como Karib, los que se encuentran a lo largo de la costa del Pacífico desde el Ecuador hasta Panamá. Aunque no pudimos visitar el pueblo de San Antonio de Chamí y observar el ambiente tribal típico, encontramos algunos grupos que se habían marchado del pueblo y pudimos estudiar su nivel cultural, todo lo cual formaba parte del programa de la "Expedición Cantabrigueña al Valle del Calima".

En El Labrador, no lejos de la ciudad de Pereira, encontramos una familia de Chamíes trabajando como jornaleros en una hacienda, cuyo patrón los había provisto de una casa. Ellos habían abandonado a San Antonio un año antes por motivos de orden económico; regresaban a menudo al pueblo, a pie, a pesar de la caminata tan larga y fatigante. Estaban muy ansiosos de reintegrarse en forma continua a la vida tribal, ya que no les gustaba su situación actual. Se nos indicó que salían a menudo pequeños grupos del habitat de la tribu para obtener exiguas ganancias en alguna hacienda vecina. Es difícil conseguir dinero en San Antonio de Chamí; cuesta mucho trabajo trasladar la mercancía producida allí, aun a los mercados más cercanos. Es raro el caso de que estos indígenas se queden en forma permanente fuera de su pueblo, porque no se sienten felices fuera de su cultura, porque añoran su ambiente y sus costumbres. Sin embargo, encontramos a un joven Chamí que vivía en una hacienda, totalmente separado de la vida tribal. Hasta se había olvidado de su idioma materno y hablaba normalmente el castellano, para sorpresa nuestra. El grupo que vivía en "El Labrador" no había llevado consigo sus bodoqueras, en cuyo manejo la tribu tiene fama, porque hay poca oportunidad de caza en campo abierto.

En el cañón del Río Calima, en sus laderas llenas de precipicios, vivía un grupo de indígenas cuyo jefe, Don Julio Escobar, era muy conocido en el pueblo de Restrepo y en toda la región del Calima. Debía haber algo anormal en la situación, ya que recientemente había disminuído mucho el número de los integrantes del grupo. Otra fracción, emparentada con los indígenas de Calima, había estado viviendo en el Municipio de Riofrío cuando los visitó Gerardo Reichel-Dolmatoff en 1945; los habitantes de Darién (Valle) informaron que estos últimos se habían retirado de la región.

Lingüísticamente, pudimos demostrar que el grupo del cañón del Calima forma parte de la tribu Chamí. Los mismos indios nos contaron que habían emigrado del Norte hace unos cincuenta años; todos excepto Julio y su esposa habían nacido en Calima. Parece que ahora no hay contacto entre estos indios y el grupo principal de San Antonio, aunque en los últimos años hubo contacto con el grupo de Corozal (Río Frío). Una de las muchachas buscaba un marido "allá, al Norte", refiriéndose al parecer a sus parientes de la región de Río Frío. De igual modo que los indios de Caldas, éstos se llaman a sí mismos "Meme". Al preguntarles quiénes los llamaban "Meme", nos contestaron que los Emberá. (Los Emberá son el grupo de indios lingüísticamente más grande de la familia Chocó, y viven en las selvas del Departamento del Chocó. Probablemente los Chamíes no se refieren en este caso a la tribu Emberá, sino a otros indios en general. En el dialecto Chamí, la palabra "indio" se traduce "emberá").

Según los habitantes de la región, había hasta hace algunos años, muchos indios que vivían en el cañón del Calima, hasta la confluencia con el Río Azul. Ahora quedan solamente 26 personas, casi todos miembros de la familia de Don Julio, quien guardaba silencio sobre la partida de sus compañeros, quizá porque se habían marchado contra la voluntad de su jefe, es decir, del mismo Julio.

Ultimamente Floro, el hijo mayor de Julio, me dijo que habían obtenido una finca en la región de Anchicayá, mientras que otros se habían establecido en las cercanías de Popayán.

En las laderas del cañón, Julio es dueño de tres pequeñas fincas denominadas "Las Ollas", "Las Delicias" y "Cuzumbo", mientras que uno de sus hijos vive en una casita cerca de Las Ollas, al otro lado del río. Las Delicias y Cuzumbo son casas construídas sólidamente al estilo de las demás fincas colombianas de la región, y evidentemente fueron adquiridas de un propietario colombiano.

"Las Ollas", empero, consiste en un tambo indígena que se encuentra actualmente en muy malas condiciones, aunque don Julio pasa allí la mayor parte de su tiempo; él la considera como su verdadera casa y se avergüenza de sus imperfecciones. Falta parte del piso, el techo está lleno de agujeros y las paredes están por caerse. Está construída sobre pilotes; los postes del interior son en parte de guadua y en parte de madera vieja proveniente de las ruinas de otra casa, puesto que se ven clavos y goznes incrustados en la madera que no intervienen en el resto de la construcción. El techo es de hojas secas y alquitranadas, y las paredes son de corteza en la parte inferior y de hojas en la parte superior. En "Las Delicias" hay una cocina, separada del edificio principal, que está construída de la misma manera. Dentro de estas chozas hay un fogón en el centro, sin que haya chimenea para la evacuación del humo. Hay muy pocos muebles en las casas; en "Las Delicias" solamente hay una gran cama y un armario gigantesco, que adquirieron evidentemente con la casa. En la finca "Las Ollas", las mujeres se sentaban en el suelo y los hombres sobre unas cajas, pero los niños tenían una pequeña hamaca. La cosa más curiosa que vimos en esta choza fue un fonógrafo viejísimo y unos discos antiguos. No disponen de música tribal ni de instrumentos musicales, pero están muy orgullosos de esta máquina antediluviana. La pobreza de los indios domina el ambiente del hogar. La tierra de sus campos es poco productiva; pero fuera de eso parece que a estos indios no les gustan mucho las faenas agrícolas. La mujer de don Julio nos dijo que había mendigado muchas veces en las localidades de Restrepo y Darién.

La agricultura desempeña un papel muy importante en su vida, puesto que ellos mismos cultivan la mayoría de los productos alimenticios que consumen. Julio ha dividido los productos agrícolas entre sus tres fincas. Así: en "Las Ollas" cultivan los productos que constituyen su dieta diaria, es decir, maíz, frijoles, yuca y arracacha. Debido a su pobreza, la carne es un lujo raro que consiguen en el pueblo. Lo mismo que el café, el pan y la sal. Se podían ver en "Las Delicias" vacas lecheras, caballos, cerdos y gallinas, cuidados exclusivamente por las mujeres. En "Cuzumbo", que se encuentra a una altitud mucho más baja, crecen plátanos, bananos y caña. Al parecer, no tienen estaciones fijas para la siembra y la cosecha, que realizan caprichosamente.

No obstante que la mayoría de los Chamíes se valen de la caza y la pesca para obtener sus alimentos, los indígenas del Calima cazan muy poco. Se quejan actualmente de la suciedad del río

desde el comienzo del proyecto hidroeléctrico del Calima. Floro nos mostró con gran satisfacción su chinchorro para pescar, una red parecida a una hamaca con trozos de plomo, que se coloca a través del río. Eventualmente pudimos convencerlo de que nos mostrara su trampa para guaguas. Esta consiste en un hilo que atraviesa el sendero que ha de cruzar el animal que se va a cazar; este hilo se une a un resorte. Cuando la guagua tropieza con el hilo, el resorte deja caer un clavo que acciona sobre una pequeña cantidad de pólvora. La pólvora se encuentra detrás de una piedra en un viejo cañón de escopeta que apunta hacia el camino de la guagua. Floro no caza sino unos pequeños pájaros multicolores, acercándose furtivamente a sus nidos durante la noche, para luego venderlos en el mercado de Restrepo, y así aumentar los pequeños fondos del grupo.

Los vestidos de estos indios no se diferencian de los que usan los campesinos colombianos y se obtienen en el pueblo. Las mujeres compran la tela que ellas mismas cortan y cosen, pero los hombres tienen que comprar los vestidos confeccionados. Las mujeres no usan ninguna clase de calzado, mientras que todos los hombres tienen botas. Floro tenía un par de botas largas de caucho, "wellingtons", el único lujo que vimos entre estos indígenas. Las mujeres suelen escoger colores brillantes para sus vestidos; insistían en cambiarse los vestidos de trabajo, ponerse los mejores y acicalarse cuidadosamente antes de que pudiéramos sacarles fotografías. Se peinaban escrupulosamente el cabello, se ponían aretes sencillos (también comprados en Restrepo), y hasta se pintaban un poco las mejillas con colorete.

Aunque tienen fama de ser muy buenos alfareros, casi ha desaparecido esta técnica en la región. Parece que falta el barro adecuado y es muy difícil trasladarlo desde el sitio donde se encuentra. Solamente la mujer de Julio pretendía aún saber el arte de la manufactura de cerámica. Sin embargo, todas las mujeres son buenas cesteras, de cuyo trabajo obtienen la mayor parte de sus ingresos. Las lianas con las cuales fabrican las cestas se recogen en los montes y se secan con el calor del fuego antes de ser utilizadas. Luego se dividen en los mimbres con los cuales confeccionan las cestas. Los mimbres se pintan a veces con lápices rojos o azules que compran en el pueblo, o con una tintura vegetal amarilla que ellos mismos obtienen frotando en el mimbres la raíz de una planta silvestre que se encuentra en las cercanías de la casa. La llaman "azafrán", pero en realidad pertenece a la familia botánica de *Zingiberaceae*.

A diferencia de la mayoría de los indios suramericanos, estos indígenas no preparan nunca la chicha. La magia desempeña un papel poco importante en sus vidas y no se encuentran shamanes, aunque Reichel-Dolmatoff ha transcrito una colección de mitos del grupo Chamí de Corozal. Tienen un sentido rudimentario de la medicina, ya que envuelven sus heridas con tela y las restregan con carbón como desinfectante.

A pesar de su pobreza, parecían ser un grupo alegre y feliz. Tenían buen sentido del humor y eran muy hospitalarios y amistosos con nosotros. Se divertían al ayudarnos a hacer nuestras colecciones botánicas, al ser fotografiados y al jugar con nuestros instrumentos, tales como los binóculos. Eran buenos informadores, excepto en lo referente a la desaparición de sus compañeros, y se divirtieron mucho cuando hice un censo de su población y cuando intenté pronunciar algunas de las palabras de su idioma. Como cosa curiosa, podemos indicar que al parecer numeran exclusivamente en castellano, debido a la falta de números en su idioma y parece que lo mismo ocurre en otras tribus del grupo Chocó. Los hombres hablan muy bien el castellano debido al frecuente contacto con la gente de habla española de la región. Por lo contrario, las mujeres salen poco de sus casas y naturalmente hablan poco el español. Es difícil poder hablar con ellas, ya que aunque pretenden que han entendido todo, en realidad, no han entendido nada. Las mujeres fueron muy discretas cuando estaban junto con los hombres, pero al encontrarlas solas eran mucho más abiertas y amistosas. Encontramos a las mujeres solas las dos veces que visitamos "Las Delicias" y hubieran sido buenas informadoras si no hubiéramos tenido dificultades con el idioma. En estas visitas, cada una de las mujeres que encontramos era casada, pero había dejado a su marido en alguna de las otras fincas.

Quizás esto nos muestra cuán poco tiempo suelen estar en un sitio determinado. No nos pareció que cada hombre tuviera más de una mujer, a pesar de que había más mujeres que hombres. Como muchos indígenas de América, solían recorrer grandes distancias frecuentemente, ya hice mención de la gran distancia que este grupo hubo de andar cuando llegaron de Caldas, y cuán lejos caminaron sus compañeros para ir de Calima a su nuevo emplazamiento. Asimismo, Julio y su familia solían ir a menudo de una finca a otra o a Restrepo, sin mulas ni caballos, llevando consigo sus equipajes.

Este grupo se ha integrado casi por completo dentro de la sociedad colombiana de la región. Se visten como los demás colom-

bianos, se ocupan de la agricultura aunque en forma rudimentaria y poco productiva, y no queda casi nada de su cultura tanto en lo espiritual como en lo material. Solamente hablan su idioma propio y retienen las pocas costumbres descritas anteriormente para distinguirse de los demás campesinos de la región. Lo interesante es que Julio es bien reconocido tanto en el pueblo de Restrepo como por los hacendados de linaje español de la región, quizás debido a que participa activamente en la política de la región. Es decir, que la integración de su grupo no ha tenido lugar en el nivel más bajo de la sociedad, como es el caso de los jornaleros que encontramos en Caldas, sino en el nivel superior de los propietarios de fincas aunque pobres y en pequeña escala. Tanto por parte de los indios como de los colombianos, este proceso de integración se ha realizado con éxito y provecho. Quizás se debe al hecho de que no había ningún indígena en la región del Calima cuando los Chamíes llegaron allí, y por lo tanto no se encontraron los obstáculos perjudiciales para la integración que ocurrían en otras partes del país; o quizás se deba únicamente a la personalidad del mismo don Julio, quien ha hecho muchas amistades en la vecindad. A mi parecer, el entendimiento entre los indios y los demás habitantes de Colombia son mejores aquí que en las otras partes del país.

BIBLIOGRAFIA

G. REICHEL-DOLMATOFF.— *La Manufactura de Cerámica entre los Chamí*. Boletín de Arqueología, Vol. 1, Nº 5, p. 425, (1945).

— *Algunos mitos de los Indios Chamí*. Revista Colombiana de Folklor, Nº 2, p. 148 (1953).

M. CHAVES Ch. — *Mitos, Tradiciones y Cuentos de los Indios Chamí*. Boletín de Arqueología, Vol. 1, Nº 3, p. 133 (1945).

Los autores quieren agradecer al doctor Yves Proet quien les ayudó con la traducción al español de este artículo.

INDICE DE LAS FOTOGRAFIAS

Lámina 1.

1. Mujer y niña Chamíes, dentro de la casa de Las Delicias.
2. Una niña Chamí, con su perro, sube a la casa de Las Ollas.

Lámina 2.

3. Grupo de indígenas Chamíes.
4. Niño Chamí de la casa de Las Ollas.

Lámina 3.

5. Dos mujeres Chamíes en la cocina.
6. Indígena Chamí.

Lámina 1

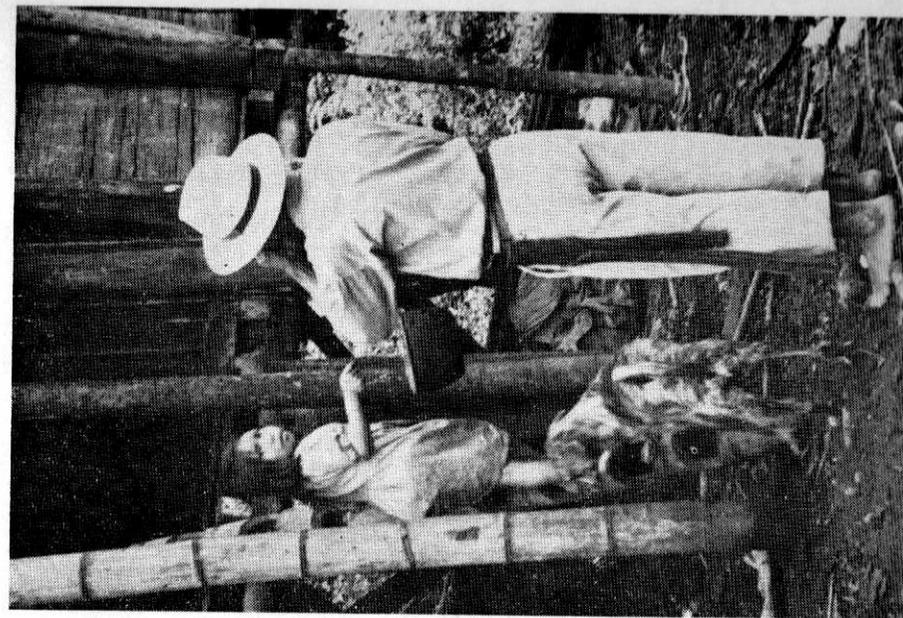
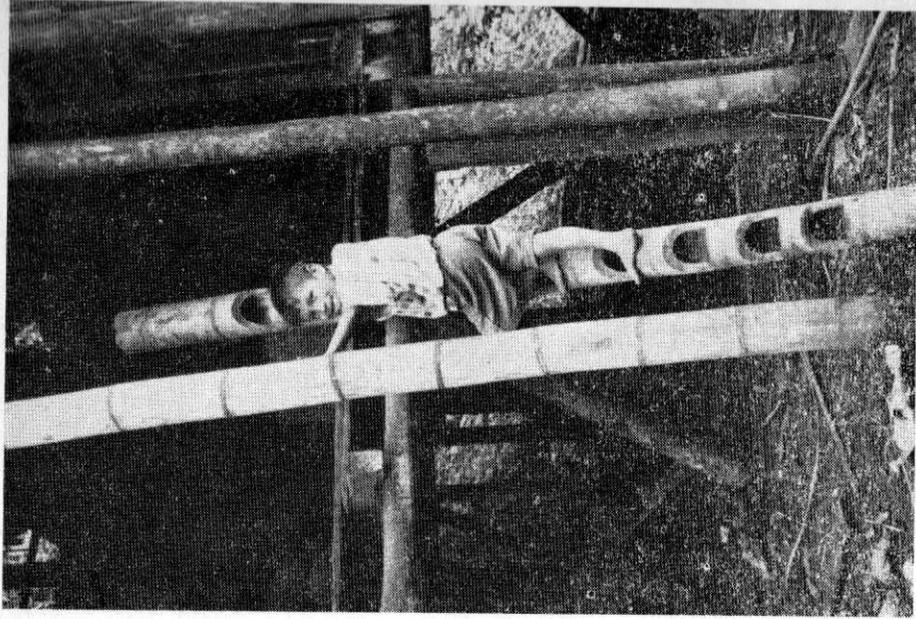
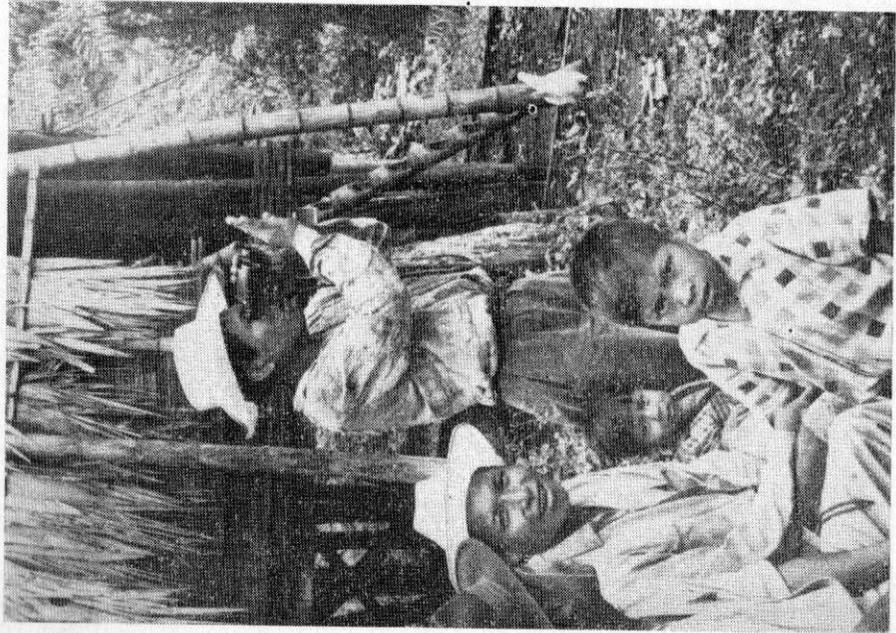


Lámina 2



4



3

Lámina 3



5



6